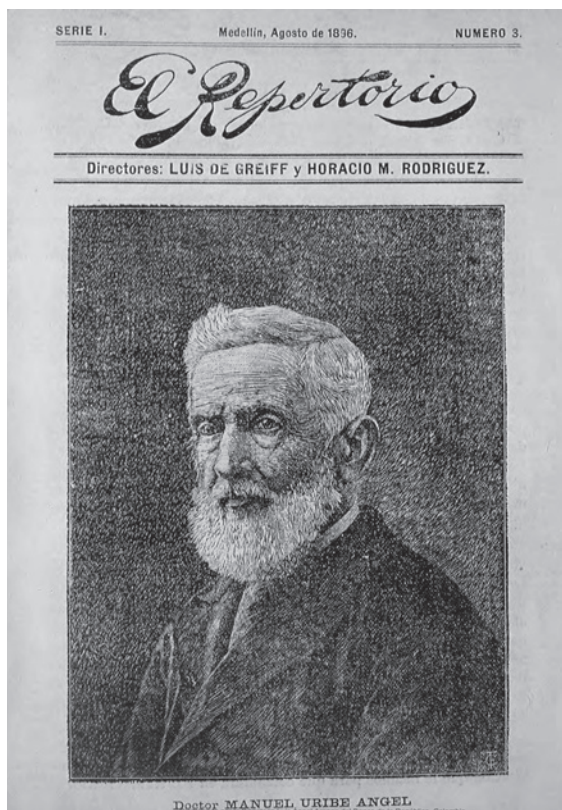


De médico, poeta y loco todos tenemos un poco

Diana Patricia Díaz Hernández



Yo siempre he tenido mucha esperanza en la inteligencia humana, y soñaba con el día en que pudiéramos tener las certezas sobre la causa de muchas enfermedades, y que encontráramos el auténtico remedio para muchos males que nos azotan. Y qué decir de ese otro invento maravilloso del que usted me habla, la penicilina; no se imagina cuántas lágrimas he derramado al lado de la cama de un niño que apenas empieza su vida y ante quien me siento ignorante e impotente, porque solo puedo ofrecerle remedios paliativos, mientras observo cómo se lo carcome una erisipela. Me llena de regocijo enterarme de los nuevos conocimientos médicos y de las investigaciones constantes para ofrecerles a nuestros pacientes una vida más saludable.

El camino ha sido tortuoso en la búsqueda de la verdad de este arte de curar. Muchas han sido las satisfacciones, pero también los errores que hemos cometido a lo largo de la historia de la humanidad por el desconocimiento médico. Creo que por mucho tiempo matamos no pocos infelices con esa precaria y deplorable medicina. ¡Dios nos perdone el mal por el intento!

Desde su presente que es el futuro de mi generación y desde mi presente que es su pasado, permítame ir a un pasado más remoto, ¡entonces vendría siendo el pasado de ambos!, para contarle un poco sobre lo que era la medicina desde los tiempos en que Medellín era apenas una aldea: Nuestra Señora de la Candelaria de Medellín, ese fue el pomposo nombre que recibió en 1675, cuando se fundó.

8

Mi queridísima doctora del siglo XXI, usted me tiene maravillado con todos esos avances de la medicina que me cuenta. Todavía me parece increíble que los rayos X, ese magnífico aparato inventado hace apenas unos años por Wilhem Röntgen, haya avanzado hasta obtener estas hermosas imágenes, ¡es que parece que estuviéramos frente al mismísimo cadáver!, y sin los olores pútridos que de él emanan. Usted me dice que el nombre es “resonancia magnética”, ¡por dios!, ¡todos mis años y conocimientos no son suficientes para comprender cómo se logra esta imagen! Eso para mí es ficción científica, me parece estar leyendo una novela de Julio Verne.

Muchos de los médicos que existían en esa época se hacían doctores mediante el mismo sistema por el cual se hacen hoy los generales en este país bañado frecuentemente por la sangre que se derrama en las variadas e insólitas guerras; es decir, se hacen generales por asalto y sin graduaciones. En los primeros años de esta hoy República de Colombia la ciencia médica era letra casi muerta. La Colonia tuvo el funesto privilegio de hacer dormitar la inteligencia de los criollos americanos en un sueño de marmota.

De seguro, los aborígenes antioqueños recetaban a su modo, porque esto de hacer de médico parece propio de los humanos. Los españoles y sus descendientes fijados en estas comarcas recetaban porque todos recetamos, pero lo hacían de un modo puramente instintivo, sin reglas y sin principios, y tomando por fundamento de sus prescripciones el hecho de que una cosa es buena para tal enfermedad porque así lo han demostrado la observación y la experiencia.

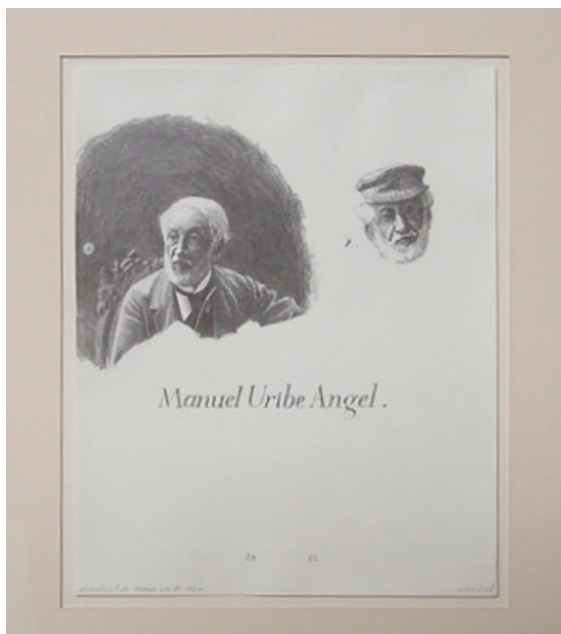
Entre las personas dedicadas al arte de curar había gran variedad de individuos, pero ninguno que hubiese alcanzado una educación académica: la mayor parte de ellos eran de una ignorancia extrema. He oído hablar a mis antepasados de un don Juan de Carrasquilla, recetador arrogante, noble de cuna, muy venerado; a él tenemos que agradecerle que trajera la vacuna de la viruela desde el puerto de Nare, donde el doctor José Salvany estuvo cuando recorría la Nueva Granada con ese pus salvador. ¡Cuántos niños pudimos crecer sanos por la acción de ese maravilloso descubrimiento del doctor Edward Jenner! Y saber que sus colegas de la Royal Society de Londres se burlaron de él cuando presentó su trabajo. Pero luego tuvieron que reconocer la im-



Manuel Uribe Ángel (y sus sobrinos). Foto cortesía del Centro de Historia de Envigado. Disponible en: <https://www.centrodehistoriaenvigado.com/manuel-uribe-angel/>

portancia de ese descubrimiento. Sabe, no fue fácil para Jenner convencer a las personas sobre los beneficios de la vacuna, pues pensaban que les podían crecer apéndices vacunos por todo el cuerpo.

Pero bueno, esa es una parte de la historia que no es el motivo de nuestra conversación de hoy. En otra de sus visitas me gustaría que habláramos de ello. Hoy, sigamos con el recuento de los primeros médicos antioqueños, si es que podemos llamarlos médicos. Don Pantaleón de Arango era abogado de oficio, pero más inclinado a manejar enfermos. Don Joaquín Tirado fue también un galeno de gran crédito. Carmen Peña, mujer de pueblo, asistía numerosa clientela y su reputación pasaba, entre las capas inferiores de la sociedad, los límites de lo increíble. Don José María Lalinde adquirió algunos conocimientos médicos en los libros, los cuales aplicaba para el alivio de las dolencias que afligían al pueblo. Doña Bárbara Vélez ejer-



Manuel Uribe Ángel. José Antonio Suárez. Dibujo. Colección de Historia del Museo Universitario.

10

cía con crédito su profesión de médico en el pueblo de La Estrella, y su casa era concurrida por solicitantes de todos los rangos sociales al principio de este siglo.

Don José María Upegui, llamado don Chepe, extraía muelas, extirpaba tumores, amputaba brazos y piernas con una serenidad y arrojo dignos del mejor médico europeo; figúrese que utilizaba casi siempre una barbeta para cortar lo que requiriera el paciente. Por supuesto, no puede faltar en este grupo mi querido maestro de infancia, don Nicolás Villa, de quien aprendí los primeros conocimientos de la medicina cuando yo era apenas un mozuelo.

En resumen, lo que había en el territorio antioqueño respecto al arte de curar eran una serie de personajes que hoy calificaríamos como charlatanes. La mayor parte de ellos no sabían leer ni escribir; otros, aunque supiesen una y otra cosa, no leían por falta de libros y para los pudientes, que podían

comprarlos, existían apenas algunos volúmenes de la medicina doméstica: las obras de William Cullen, Samuel-Auguste Tissot, Juan de Esteyneffer, William Buchan, Giovanni Rasori y Madame Fouquet.

¿Por qué se asombra? Sí, una doctora, Marie de Maupeou (Madame Fouquet), una médica francesa del siglo xviii, quien se arriesgó a publicar el libro *Economía de la salud del cuerpo humano*. Fue muy popular porque ofrecía información sencilla para un amplio abanico de enfermedades, desde problemas de los dientes hasta afecciones nerviosas. ¡Imagínese que describía quince formas distintas para curar el dolor de muelas!, con ingredientes tan variados como azúcar, cenizas, miel o pimientas. También proporcionó una diversidad de curas para la plaga bubónica, las erisipelas, la hidropesía y hasta para los problemas del embarazo.

De estos libros que le menciono, unos eran leídos y otros no, porque acontece en esto de la medicina lo mismo que con la comida y la rascazón, que “comer, rascar y recetar, todo es empezar”, así que nuestros médicos recetaban siempre y a su manera. Así es doctora, esos eran los médicos que ejercían por estas tierras hasta el primer cuarto de centuria del siglo xix, pues, como dice el refrán: “De médico, poeta y loco todos tenemos un poco”.

Diana Patricia Díaz Hernández. Médica de profesión, profesora por vocación y apasionada de la historia como diversión, es docente de la Facultad de Medicina de la Universidad de Antioquia. Este texto está inspirado en *La medicina en Antioquia* de Manuel Uribe Ángel publicado en los *Anales de la Academia de Medicina de Medellín*, vol. 8, N.º 1, septiembre de 1896. Disponible en línea: <https://hdl.handle.net/10495/2087>.